

El Niño Costero en Catacaos

Entrevista a María Luisa Burneo¹



La comunidad de Catacaos, en la provincia de Piura, fue uno de los lugares más afectados por el reciente Niño Costero. Las intensas lluvias causaron inundaciones que inhabilitaron o destruyeron escuelas y viviendas, así como cosechas, caminos y canales. A pesar del dinamismo de su gente y de ser un lugar conocido por su rica y refinada artesanía, una elevada proporción de la población es pobre. El Niño Costero no solo ha tenido impactos materiales, sino también en el tejido social y en las instituciones comunales.

Una de las localidades más golpeadas fue la población del distrito Cura Mori, que forma parte de la comunidad de Catacaos. Ubicada en la parte baja de Piura, está en una zona llana en la que en el pasado ha concentrado, junto con los distritos vecinos, las inundaciones causadas por el desborde del río Piura. María Luisa Burneo, profesora de antropología en la PUCP e investigadora en el Instituto de Estudios Peruanos, tuvo la iniciativa de apoyar a la población llevando alimentos, linternas, repelentes y otros artículos de primera necesidad. La profesora Burneo conoce bien la zona, pues ha estudiado durante varios años la comunidad de Catacaos y sus relaciones cambiantes con su territorio, el acceso a la tierra y las presiones ejercidas por terceros sobre sus territorios. Ha estado muy cercana a su población y convivido con ella, en particular en el distrito Cura Mori.

El análisis detallado del impacto del Niño Costero en Catacaos y Cura Mori subraya la distancia que puede haber entre una estrategia de reconstrucción elaborada desde Lima y cuya ejecución será dirigida por una persona con

amplia experiencia empresarial, y las necesidades reales de las poblaciones afectadas, que no solo son materiales sino también sociales.

La Revista Agraria. *Los grandes eventos climáticos extremos, como el Niño Costero, no solo tienen impactos materiales, sino también en el tejido social y en las instituciones de las poblaciones afectadas. ¿Qué has podido observar durante tu estadía en los distritos de Catacaos y Cura Mori?*

M. L. Burneo. Lo primero que señalaré es que tanto Catacaos como Cura Mori son distritos que se superponen a los territorios de las comunidades campesinas del bosque seco; en este caso particular, sobre las tierras de la comunidad San Juan Bautista de Catacaos. Esto implica, en primer lugar, que existe una historia de apropiación muy antigua y que esta comunidad tiene derechos sobre estas tierras. En segundo lugar, habría que situar el contexto institucional en el que se ha dado el último desborde del río: desde hace varios años, la comunidad se ha visto debilitada y no cumple el mismo rol que cumplía en décadas anteriores.

En la actualidad, las poblaciones están organizadas en caseríos y no poseen una organización fuerte de segundo nivel. Los desbordes del río han tenido efectos devastadores no solo materialmente, sino que han generado un proceso de reubicación: empezar de cero en otro lugar es un proceso lleno de incertidumbre y puede ser muy duro, más aún cuando la gestión del proceso queda solo en manos de esas poblaciones y los recursos logísticos y económicos son escasos o inexistentes.

Pero, además, las chacras que muchas de estas familias tienen cercanas a los caseríos, con frecuencia son herencias familiares muy antiguas, que pasaron de padres a hijos comuneros por varias generaciones, y en otros casos son tierras que se recuperaron durante la reforma agraria [1969-1975. N. del ed.] y que el gobierno militar adjudicó a los trabajadores de las haciendas, quienes pasaron a engrosar el padrón comunal. Más cercanas a la carretera Panamericana están las tierras de las famosas UCP (unidades comunales de producción) del desierto, que la comunidad entregó en los años setenta a sus comuneros sin tierras. Lo que quiero decir, entonces, es que —al menos para los mayores— dejar esas tierras es también dejar una historia atrás. Para los más jóvenes —no hay que negarlo— hay mayor desapego, es otra la historia y son otras las expectativas.

Por otro lado, por las tensiones que surgen, el proceso de reubicación afecta directamente el tejido social en los caseríos: algunos no quieren irse, otros quieren mantener una doble residencia, o un grupo está convencido de no volver. Además, la distribución de lotes en las nuevas tierras puede generar tensiones internas, lo cual se agrava si no existe una institucionalidad fuerte que regule el proceso.

Finalmente, la composición del espacio cambia. Conozco casos, por ejemplo, donde todos los hermanos vivían muy cerca y contaban con una red de intercambio y ayuda mutua que funcionaba, incluso entre vecinos. Pero esa red se quiebra en el nuevo espacio, dado que los nuevos lotes en las tierras de la Panamericana no reproducen la lógica espacial previa de los caseríos.

LRA. *Es sabido que estas zonas sufren cuando los niveles del río Piura crecen más allá de ciertos límites, lo que ocurre cuando se presenta un fenómeno de El Niño. ¿De qué manera la población, que ha experimentado inundaciones en otras ocasiones, se prepara para reducir los impactos de repeticiones? Si, efectivamente, adopta medidas preventivas, ¿cómo se transmiten las experiencias pasadas a las nuevas generaciones? Si no toma ninguna medida preventiva, ¿cómo explicar que no lo hagan?*

MLB. Esta historia es muy antigua. Como ya señalaba Bruno Revesz en un artículo sobre la comunidad de Catacaos², el bosque seco es un espacio en movimiento y ello está ligado al río Piura. Él relata eventos registrados en los años 1871, 1925 y 1983 como eventos devastadores.

En 1998, los caseríos de Curamori quedaron inundados por el desborde del río Piura y varias familias pasaron un mes acampando en el local de la comunidad campesina. En esa época, los comuneros pidieron nuevas tierras a la comunidad, a fin de asentarse en zonas más altas, y se efectuó un reparto de tierras para los futuros asentamientos. Este último caso nos muestra cómo los pobladores de Cura Mori intentaron, hace casi dos décadas, trazar una estrategia para salir de la zona vulnerable en caso de una eventualidad. Lamentablemente, esto nunca se dio, entre otras razones, por la falta de infraestructura y apoyo estatal.

Desde hace años, la población de los caseríos de la margen izquierda más cercanos al río había puesto sacos de arena como medida de contención. Con ocasión de este Niño Costero, esos sacos no fueron suficientes para contener la fuerza del agua. En el desborde del 27 de marzo, los habi-

tantes de la zona habían organizado una cadena humana desde el río hasta el pueblo, para dar aviso de la crecida de las aguas. Es todo lo que había y, como ves, es muy precario. Como ellos relatan: «Con las justas hemos salido cargando los niños, los ancianos dentro de las tinajas y ollas, jalándolos [...] si el desborde nos agarraba de noche, hubiese habido varios muertos».

LRA. *¿Hay algún «efecto comunidad» —tomamos la expresión de Efraín González de Olarte— en el enfrentamiento de eventos climáticos extremos? Es decir, las medidas preventivas, ¿son*



iniciativas familiares?, ¿de barrio o distrito?, ¿de la comunidad como tal? ¿Cuál ha sido el desempeño de la institución comunal y de sus autoridades frente al Niño Costero?

MLB. No podría hablarse de un efecto comunidad en términos muy claros. Las respuestas son familiares y la organización se da en los caseríos, con sus tenientes gobernadores u otros representantes locales. La comunidad es una institución que ahora cumple funciones territoriales a nivel más macro, o en lo que se refiere a las entregas y actualizaciones de las bo-

letas de posesión. Como dije antes, la comunidad se ha visto debilitada en los últimos años; hay distanciamiento entre la institución y el cotidiano de sus comuneros.

El efecto comunidad se apreciaría, en este caso, más bien, en el hecho de que los comuneros de algunos caseríos han accedido a nuevas tierras, que la comunidad les cedió en posesión en 1998, cuando lluvias intensas provocaron el desborde del río. Esta es otra historia, ahora compleja, porque ha salido a la luz que esas tierras habían sido «vendidas» por algún mal dirigente a empresarios privados en 2012, quienes han logrado inscribir títulos de propiedad en los registros públicos. Ahora bien, esa venta es ilegítima, porque su decisión no pasó por asamblea comunal, como exige la Ley de comunidades.

LRA. *¿Hubo presencia local del Estado —municipios, gobierno regional—? ¿La hubo del Estado central? ¿Qué relación mantuvieron —si la tuvieron— con las instituciones de la comunidad?*

MLB. No mucha. La presencia del Estado —al menos, desde el nivel central— ha sido nula en la práctica. Los que han brindado algún tipo de apoyo son los municipios, con maquinaria para limpiar el lodo y camiones para transportar gente. El gobierno regional proporcionó víveres y carpas las primeras semanas luego del desastre. Pero en el tema de fondo no tiene una propuesta clara: las miles de familias que están ahora en las tierras aledañas a la carretera Panamericana (de diversos caseríos) necesitan una respuesta articulada, intersectorial, que les permita ver hacia el futuro, y esa respuesta no llega. ¿Va a ser posible apoyarlas con servicios? ¿Las acompañarán en la planificación de ese nuevo espacio? ¿Las ayudarán con la titulación de sus lotes? Lo que he observado es que existe mucha

confusión y que no se cuenta con un canal institucional claro de diálogo.

Para muestra, un botón. Representantes de los pobladores organizados en el Frente de Defensa de las Tierras de Cura Mori vinieron hace poco a Lima, pidiendo ayuda para el reconocimiento de esas tierras —que son de la comunidad y, por ende, podrían solicitarlas como comuneros poseionarios—, frente a los empresarios que señalan —debido a la compra ilegítima que mencioné antes— ser propietarios de ellas desde hace unos años. Y vinieron a Lima porque el GRL no les ha respondido con claridad sobre del tema: conforme a testimonios que he recogido, parece que el GRL les habría dicho que no puede ofrecerles una respuesta clara acerca de qué acciones tomarán para la reconstrucción debido a que están «invadiendo» tierras de propiedad privada. Este es un tema urgente que evaluar y en el que sí tendrá que intervenir la institución comunal.

LRA. *¿Cuál es la capacidad de resiliencia de la población con la que has estado en contacto, tanto psicológica como colectiva?*

MLB. Podría ser muy pronto para dar una respuesta muy elaborada. Lo que puedo señalar es que impresiona su fortaleza para seguir adelante. La situación en las tierras de la Panamericana es, en verdad, muy precaria y muy dura; es agotadora, no es algo que podamos imaginar. A ello se suma la angustia tanto de no saber si podrán o no podrán quedarse ahí como de afrontar las necesidades diarias de crianza de sus hijos. Aun así, ya tienen estrategias temporales y proyectos en mente. He estado más en contacto

con las mujeres, y ellas hablan de distintas estrategias: por ejemplo, una doble residencia (por si al final no les reconocen las tierras), a pesar de que ir y venir es agotador (son dos horas a pie, cargando cosas; cuatro, de ida y vuelta) o tienen que gastar entre tres y cinco soles de pasaje en colectivo (demasiado para ellas). Otras piensan ya en pequeños proyectos: poner una bodeguita —aún no las hay en la zona— o una granja comunal de pavos y cerdos. Aun así, necesitan un capital mínimo para empezar.

Otras continúan trabajando en «la uva» (como jornaleras en las agroindustrias cercanas). A pesar de todo, salen a las 4 a. m. a trabajar y vuelven a las 6 p. m., solo que a un lugar distinto:



una carpa, sin agua para lavarse luego del día de trabajo, lejos de sus casas.

En cuanto a la capacidad de respuesta colectiva, destaco que, en medio de tanta precariedad y con tan pocos recursos, el Frente de Defensa de las Tierras de Cura Mori se haya organizado para venir a Lima a buscar congresistas que puedan interesarse en su causa. Es una forma de no quedarse de brazos cruzados, de enfrentar la adversidad y de buscar asegurar esas nuevas tierras, donde ahora esperan retomar sus vidas. Necesitan la seguridad de que van a poder quedarse allí, para empezar a invertir energía y

trabajo, para construir sus casas, etc. De lo contrario, se estarán moviendo en una situación de incertidumbre muy grande.

LRA. *¿En qué medida el investigador tiene responsabilidad con las poblaciones que han sido su objeto de estudio? Ha sido tu caso, pero ¿es algo que los antropólogos discuten?, ¿es parte de su deontología profesional?*

MLB. Sinceramente, no he oído mucho al respecto; al menos no en los espacios en los que trabajo. Es cierto que no ha habido un debate sobre el tema; tampoco conozco de iniciativas concretas que se hayan desplegado desde los espacios académicos. Cada

quien tiene una relación muy personal con la gente con la que trabaja y por eso no puedo hablar por el resto. Pero si bien no puedo hablar por el gremio, puedo decir que, desde mi experiencia personal, las poblaciones con las que trabajamos son mucho más que nuestros «objetos de estudio»: son personas que te dan su tiempo, te abren su hogar, te confiesan sus miedos y te revelan sus sueños y

deseos. Al final, son personas, como tú y como yo, con quienes convives y a las que quieres. Visto así, es imposible quedarse de brazos cruzados frente a una situación tan devastadora como la que generaron los últimos eventos climáticos. Creo que es un tema personal, pero que también debería plantearse como una discusión de ética profesional.

Notas

- 1 Magíster en antropología por la *École des Hautes Etudes en Sciences Sociales*, de París.
- 2 Bruno Revesz (1992). «Catacaos, una comunidad en la modernidad». *Debate Agrario* 14. <<http://bit.ly/2CYNOR6>>. ●

Visite: www.larevistaagraria.org